

## Prólogo

*1815, diez años antes de que comience nuestra historia en serio...*

**E**ran cuatro los principios por los que Gareth Saint Clair regía su relación con su padre para mantener su buen humor y cordura en general:

Primero: no conversar entre ellos a menos que fuera absolutamente necesario.

Segundo: hacer lo más breves posibles todas las conversaciones absolutamente necesarias.

Tercero: en el caso de que fuera necesario decir algo más que un simple saludo, siempre era mejor que hubiera otra persona presente.

Y cuarto: con el fin de hacer realidad los tres primeros puntos, él debía conducirse de manera de recibir todas las invitaciones que fuera posible para pasar las vacaciones y asuetos escolares con amigos.

Vale decir, no en casa.

Más exactamente, lejos de su padre.

Bien visto, pensaba Gareth Saint Clair, cuando se tomaba la molestia de pensarlo, lo que no era frecuente pues ya había hecho una ciencia de sus tácticas de evitación, esos principios le daban buenos resultados.

Y le iban bien a su padre también, dado que a Richard Saint Clair su hijo menor le caía tan bien como a este le caía él. Y a eso se debía, pensó Gareth, ceñudo, que lo sorprendiera tanto que su padre le hubiera escrito al colegio para ordenarle que fuera a casa.

Y con tanta energía.

La carta de su padre era muy clara, no se apreciaba ninguna ambigüedad en ella. La orden era que debía presentarse inmediatamente en Clair Hall, la propiedad en el campo.

Eso era tremendamente irritante. Sólo le quedaban dos meses para terminar sus estudios en Eton, por lo que su vida allí estaba plena de actividad, entre los estudios, los deportes y, lógicamente, la ocasional incursión en la taberna de la localidad, siempre avanzada la noche y siempre en jaranas con vino y mujeres.

Llevaba su vida exactamente como la desearía un joven de dieciocho años. Y tenía la clara impresión de que mientras se las arreglara para mantenerse fuera de la línea de visión de su padre, su vida a los diecinueve sería igualmente maravillosa. Cuando llegara el otoño entraría en Cambridge, junto con todos sus mejores amigos, y tenía toda la intención de continuar allí sus estudios y vida social con el mismo entusiasmo.

Mientras paseaba la vista por el vestíbulo de Clair Hall, exhaló un largo suspiro, con el que pretendía manifestar impaciencia pero que le salió más nervioso que otra cosa. ¿Para qué diantres podría quererlo ver el barón?, como llamaba a su padre. Hacía tiempo que éste había anunciado que se desentendía totalmente de su hijo menor y que sólo le pagaba la educación porque eso era lo que se esperaba de él.

Todo el mundo sabía lo que significaba eso: que sería mal visto por sus amigos y vecinos si su padre no lo enviaba a colegios respetables.

En las raras ocasiones en que se cruzaban sus caminos, el barón se pasaba todo el tiempo hablando de lo mucho que lo decepcionaba su hijo menor.

Y con eso lo único que conseguía era estimularlo a fastidiarlo más aún. Al fin y al cabo no hay nada como no estar a la altura de las expectativas.

Comenzó a golpear el suelo con el pie, sintiéndose forastero en su propia casa, mientras el mayordomo iba a avisar a su progenitor de su llegada. Había pasado tan poco tiempo ahí en los nueve últimos años que le resultaba difícil sentir afecto por esa casa. Para él sólo era un montón de piedras que pertenecían a su padre y finalmente pasarían a su hermano mayor, George. A él no le tocaría nada de la casa ni de la fortuna Saint Clair, por lo que debería forjarse su camino solo en el mundo. Tal vez podría entrar en el ejército una vez que terminara sus estudios en Cambridge; él único otro camino aceptable sería elegir la carrera eclesiástica, y el cielo sabía que no era apto para «eso».

Tenía muy pocos recuerdos de su madre, la que murió en un accidente cuando él tenía cinco años, aunque sí recordaba cuando ella le revolvía el pelo y se reía porque él nunca estaba serio.

«Eres mi diablillo —le decía, y luego le susurraba—: No pierdas eso. Hagas lo que hagas, no pierdas eso».

No lo había perdido, y dudaba mucho que la Iglesia de Inglaterra deseara aceptarlo en sus filas.

—Señor Gareth.

Gareth levantó la vista al oír la voz del mayordomo. Como siempre, Guilfoyle le habló en tono monótono, sin la entonación de pregunta o petición.

—Su padre le recibirá inmediatamente —entonó Guilfoyle—. Está en su despacho.

Agradeciéndole con un gesto de asentimiento al viejo mayordomo, echó a andar por el corredor en dirección al despacho de su padre, el que siempre había sido para él la sala menos predilecta de la casa. Allí era donde su padre lo sermoneaba, donde le decía que jamás serviría para nada, donde comentaba glacialmente que no debería haber tenido un segundo hijo, que sólo desperdiciaba el dinero de la familia en él y que era una mancha para su honor.

No, pensó cuando golpeó la puerta, no tenía ningún recuerdo feliz de esa sala.

—¡Adelante!

Gareth abrió la maciza puerta de roble y entró. Su padre estaba sentado tras su escritorio escribiendo algo en un papel. Se veía bien, pensó ociosamente. Todo le sería más fácil si el barón se hubiera convertido en una rubicunda caricatura de hombre, pero no, lord Saint Clair estaba en buena forma, fuerte, y representaba unos veinte años menos que los cincuenta y tanto que tenía.

Tenía el aspecto del tipo de hombre al que un joven como él debería respetar.

Y eso le hacía más doloroso aún su cruel rechazo.

Pacientemente esperó que su padre levantara la vista. Pasado un momento, carraspeó para llamarle la atención.

No hubo reacción.

Entonces tosió.

Nada.

Sintió deseos de hacer rechinar los dientes. Esa era la costumbre de su padre, hacer caso omiso de él durante un buen rato para recordarle que no lo encontraba digno de atención.

Pensó en la posibilidad de decir «Señor». Incluso se le ocurrió que podría decir «Padre», pero al final simplemente se apoyó en el marco de la puerta y comenzó a silbar.

Al instante su padre levantó la vista.

—Basta.

Gareth arqueó una ceja y dejó de silbar.

—Y ponte derecho. Buen Dios, ¿cuántas veces tengo que decirte que silbar es de mala educación? —dijo el barón, irritado.

Gareth dejó pasar un instante y preguntó:

—¿Debo contestar a eso o sólo fue una pregunta retórica?

Al barón se le enrojó la cara.

Gareth tragó saliva. No debería haber dicho eso. Sabía que su tono jocosamente enfurecería al barón, pero a veces le costaba muchísimo mantener la boca cerrada. Había pasado años intentando conquistar el favor de su padre hasta que finalmente se dio por vencido y dejó de intentarlo.

Y si de tanto en tanto se daba la satisfacción de amargarle la vida

al viejo tanto como este se la amargaba a él, pues sea. Hay que buscar el placer donde se puede.

—Me sorprende que hayas venido —dijo su padre.

Gareth pestañeó, desconcertado.

—Me pediste que viniera —dijo.

Y la penosa verdad era que jamás desafiaba a su padre. Nunca. Pinchaba, fastidiaba, añadía un toque de insolencia a sus palabras y actos, pero nunca se comportaba con franco desafío.

Despreciable cobarde que era.

En sus sueños sí luchaba. En sus sueños le decía a su padre todo lo que pensaba de él, pero en la vida real sus desafíos se limitaban a silbidos y expresiones hoscas.

—Sí —dijo su padre, reclinándose ligeramente en el respaldo del sillón—. De todos modos, nunca te doy una orden suponiendo que vas a obedecerla correctamente. Nunca lo haces.

Gareth guardó silencio.

El barón se levantó y fue hasta una mesa cercana donde tenía un decantador de coñac.

—Me imagino que querrías saber por qué te he citado —dijo.

Gareth asintió, pero puesto que su padre no se dignó mirarlo, contestó:

—Sí, señor.

El barón bebió con gusto un trago de coñac y lo saboreó con gran ostentación, haciéndolo esperar. Finalmente se giró hacia él y lo miró de arriba abajo con ojos fríos y evaluadores:

—Por fin he descubierto una manera de que seas útil a la familia Saint Clair.

Gareth levantó bruscamente la cabeza, sorprendido.

—¿Sí? ¿Señor?

El barón bebió otro trago y dejó la copa en la mesa.

—Efectivamente. —Entonces lo miró a lo ojos por primera vez en esa entrevista—. Te vas a casar.

—¿Señor? —balbuceó Gareth, casi atragantándose.

—Este verano —confirmó lord Saint Clair.

Gareth se cogió del respaldo de la silla más cercana, para no caerse. Tenía dieciocho años, por el amor de Dios. Aun no estaba en edad para casarse. ¿Y sus estudios en Cambridge? ¿Podría hacerlos estando casado? ¿Y dónde llevaría a vivir a su esposa?

Además, santo cielo, ¿con quién debía casarse?

—Es una unión excelente —continuó el barón—. La dote restablecerá nuestras finanzas.

—¿Nuestras finanzas, señor?

Lord Saint Clair clavó los ojos en los de su hijo.

—Tenemos hipotecado absolutamente todo —dijo en tono duro—. Un año más y perderemos todo lo que no está vinculado al título.

—¿Pero... cómo?

—Eton no es barato —replicó el barón.

No, claro, pero no sería tanto como para dejar indigente a la familia, pensó Gareth, desesperado. Eso no podía ser solamente culpa de él.

—Puede que seas una decepción, pero no he faltado a mi responsabilidad hacia ti. Has sido educado como corresponde a un caballero. Se te ha dado un caballo, ropa y un techo sobre tu cabeza. Ahora es el momento de que te portes como un hombre.

—¿Con quién? —preguntó Gareth en un susurro.

—¿Eh?

—¿Con quién? —repitió en voz más alta. ¿Con quién quería casarlo?

—Con Mary Winthrop —contestó su padre con la mayor naturalidad.

Gareth sintió que la sangre le abandonaba el cuerpo.

—Mary...

—La hija de Wrotham —añadió su padre, como si él no lo supiera.

—Pero Mary...

—Será una excelente esposa. Será sumisa, y puedes dejarla en el campo si quieres divertirte por la ciudad con tus tontos amigos.

—Pero, padre, Mary...

—Yo acepté en tu nombre. Está hecho. Ya está firmado el acuerdo.

Gareth se sintió ahogado. Eso no podía estar ocurriendo. No era posible que se pudiera obligar a un hombre a casarse, en esa época, ni a esa edad.

—Winthrop quiere que la boda se celebre en julio —añadió su padre—. Le dije que no tenemos ninguna objeción.

—Pero, Mary. ¡No puedo casarme con Mary!

El barón arqueó una de sus espesas cejas.

—Puedes y lo harás.

—Pero, padre, es... es...

—¿Imbécil? —terminó el barón. Se echó a reír—. Eso no tendrá ninguna importancia cuando esté debajo de ti en la cama. Y por lo demás, no tienes por qué tener nada que ver con ella. —Avanzó hacia él hasta quedar desagradablemente cerca—. Lo único que tienes que hacer es presentarte en la iglesia. ¿Entiendes?

Gareth no dijo nada. Tampoco hizo nada. Escasamente lograba continuar respirando.

Conocía a Mary Winthrop de toda la vida. Era un año mayor que él y vivía cerca, pues las propiedades de sus respectivas familias eran colindantes desde hacía más de un siglo. Cuando niños eran compañeros de juegos, pero muy pronto se hizo evidente que la niña no estaba bien de la cabeza. Él siempre fue su defensor cuando estaba en la propiedad del campo; había golpeado hasta dejar sangrando a más de un matón cuando la insultaba o quería aprovecharse de su naturaleza dulce y modesta.

Pero no podía casarse con ella. Era como una niña pequeña. Eso tenía que ser pecado. Y aún en el caso de que no lo fuera, no podría soportarlo. ¿Cómo iba ella a comprender lo que debía ocurrir entre ellos como marido y mujer?

No podría acostarse con ella. Jamás.

Se limitó a mirar fijamente a su padre, sin encontrar ninguna palabra que decirle. Por primera vez en su vida no encontraba ninguna respuesta fácil, ninguna réplica frívola o atrevida.

No se le ocurrió ninguna palabra. Sencillamente no había palabras para un momento como ese.

—Veo que nos entendemos —dijo el barón, sonriendo ante su silencio.

—¡No! —exclamó, y esa sola sílaba pareció desgarrarle la garganta—. ¡No! ¡No puedo!

Su padre entrecerró los ojos.

—Estarás ahí aunque tenga que llevarte atado.

—¡No! —Lo ahogaba el nudo que tenía en la garganta, pero logró hacer salir las palabras—: Padre, Mary es... Bueno, es una niña. Nunca será más que una niña. Sabes eso. No puedo casarme con ella. Sería un pecado.

El barón se rió, aliviando la tensión y alejándose rápidamente de él.

—¿Es que quieres convencerme de que tú, tú, te has vuelto creyente?

—No, pero...

—No queda nada por discutir —interrumpió el barón—. Wrotham ha sido extraordinariamente generoso con la dote. Dios sabe que tiene que serlo, para librarse de una idiota.

—No hables así de ella —dijo Gareth casi en un susurro.

No querría casarse con Mary, pero la conocía de toda la vida y ella no se merecía que hablaran así de ella.

—Es lo mejor que harás en tu vida. Lo mejor que tendrás. La dote que ofrece Wrotham es extraordinariamente generosa, y yo me encargaré de darte una asignación que te permitirá vivir cómodamente de por vida.

—Una asignación —repitió Gareth con la voz ahogada.

El barón soltó una risita.

—No creerás que te confiaría una suma fabulosa, ¿verdad? ¿A ti? Gareth tragó saliva, incómodo.

—¿Y los estudios?

—Puedes ir a la universidad. De hecho, tendrías que agradecerle eso a tu esposa. Sin el contrato de matrimonio no habría dinero para pagarte los estudios.

Gareth no se movió, tratando de inspirar aire y normalizar aunque fuera un poco la respiración. Su padre sabía lo mucho que significaba para él ir a estudiar en Cambridge. Eso era lo único en que los dos siempre habían estado de acuerdo: un caballero necesita una educación de caballero. Qué más daba que él anhelara toda la experiencia, tanto social como académica, mientras que lord Saint Clair sólo lo consideraba algo que un hombre debe hacer para guardar las apariencias. Eso lo habían decidido hacía años: él iría a la universidad y recibiría su título.

Pero al parecer lord Saint Clair siempre había sabido que no podría pagarle la educación a su hijo mejor. ¿Y cuándo había pensado decírselo? ¿Cuando él estuviera haciendo su equipaje?

—Está hecho, Gareth —dijo su padre secamente—. Tienes que ser tú, ya que George es el heredero y no puedo permitir que ensucie nuestra estirpe. —Frunció los labios—. Además, de ninguna manera lo sometería a esto.

—¿Pero a mí sí?

¿Así es que tanto lo odiaba su padre? ¿En tan baja estima lo tenía? Lo miró, miró esa cara que tanta infelicidad le había causado. Jamás había visto una sonrisa, jamás había recibido una palabra de aliento. Jamás un...

—¿Por qué? —se oyó preguntar, y la palabra le pareció el gemido de un animal herido, patético, lastimero—. ¿Por qué?

El barón guardó silencio, simplemente inclinado sobre el escritorio con las manos tan aferradas al borde que los nudillos se le pusieron blancos. Y Gareth no pudo hacer otra cosa que mirarle las manos, como si estuviera paralizado por la vista de esas manos normales y corrientes.

—Soy tu hijo —dijo, sin lograr levantar la vista de las manos a la cara de su padre—. Tu hijo. ¿Cómo puedes hacerle esto a tu hijo?

Entonces el barón, que era un maestro de la réplica hiriente, cuya rabia siempre venía revestida de hielo, que no de fuego, explotó. Levantó las manos y su voz tronó en la sala como el rugido de un demonio:

—Pardiez, ¿cómo es posible que todavía no lo hayas descubier-  
to? ¡No eres mi hijo! ¡Nunca has sido mi hijo! No eres otra cosa que  
un hijo ilegítimo, un cachorro roñoso que tuvo tu madre de otro  
hombre cuando yo estaba ausente.

La rabia salió como un torrente, como algo ardiente, irrefrena-  
ble, algo que ya no puede continuar contenido ni reprimido. Esa fu-  
ria golpeó a Gareth como una ola de marejada, envolviéndolo, ci-  
ñéndolo y ahogándolo, hasta que apenas podía respirar.

—No —dijo, negando con la cabeza, desesperado.

Eso no era algo sobre lo que no hubiera reflexionado, conside-  
rándolo una posibilidad, y ni siquiera algo que no hubiera deseado,  
pero no podía ser cierto. Se parecía a su padre; tenían la nariz igual,  
¿no? Además...

—Te he alimentado —dijo el barón, con voz grave y dura—. Te  
he vestido y te he presentado al mundo como hijo mío. Te he man-  
tenido, cuando cualquier otro hombre te habría arrojado a la calle,  
y ya es hora de que devuelvas el favor.

—No —repitió Gareth—. Eso no puede ser. Me parezco a ti.

Lord Saint Clair estuvo un momento en silencio. Finalmente  
dijo, amargamente:

—Eso es una desgraciada coincidencia, te lo aseguro.

—Pero...

—Podría haberte abandonado cuando naciste —interrumpió  
lord Saint Clair—. Podría haber obligado a coger sus cosas a tu ma-  
dre y haberos arrojado a los dos a la calle. Pero no lo hice. —Cruzó  
la distancia que los separaba y acercó la cara a la de él—. Has sido  
reconocido, eres legítimo. Y me debes eso —añadió en tono furio-  
so.

—No —dijo Gareth, encontrando por fin la convicción que ne-  
cesitaría todo el resto de su vida—. No. No lo haré.

—Dejaré de darte una asignación. No volverás a recibir ni un  
sólo penique más de mí. Puedes olvidar tus sueños de estudiar en  
Cambridge, tus...

—No —repitió Gareth, y la voz le salió distinta.

Él se sentía distinto. Eso era el fin, comprendía. El final de su infancia, el final de su inocencia, y el comienzo de...

Sólo Dios sabía de qué era el comienzo.

—He terminado contigo —siseó su padre; no, no su padre—. He terminado.

—Sea pues —dijo él.

Y dicho eso se marchó.



# Capítulo 1

*Han transcurrido diez años y nos encontramos con nuestra heroína, la cual, es necesario advertir, nunca ha sido una florecilla tímida, humilde ni retraída. La escena ocurre en la velada musical anual Smythe-Smith, unos diez minutos antes de que el señor Mozart comience a darse vueltas en su tumba.*

—¿*P*or qué nos hacemos esto? —preguntó Hyacinth, pensando en voz alta.

—Porque somos personas buenas y amables —contestó su cuñada, sentándose, Dios las amparara, en un asiento de la primera fila.

—Cualquiera diría que podríamos haber aprendido la lección el año pasado —continuó Hyacinth, mirando el asiento desocupado al lado del de Penelope con el mismo entusiasmo que mostraría un erizo de mar—. O tal vez el año anterior. O incluso...

—¿Hyacinth? —dijo Penelope.

Hyacinth la miró, arqueando una ceja en gesto interrogante.

—Siéntate.

Hyacinth exhaló un suspiro, pero se sentó.

La velada musical Smythe-Smith, pensó tristemente. Por suerte tenía lugar solamente una vez al año, porque estaba segurísima de que sus oídos tardarían los doce meses enteros en recuperarse.

Dejó escapar otro largo suspiro, este más audible que el anterior.

—No estoy nada segura de que yo sea una persona buena y amable.

—Yo tampoco —dijo Penelope—, pero he decidido tener fe en ti de todas maneras.

—Qué amable por tu parte.

—Eso me pareció.

Hyacinth la miró de reojo.

—Claro que no tenías ninguna otra opción.

Penelope se giró a mirarla, entrecerrando los ojos.

—¿Y con eso quieres decir...?

—Colin se negó a acompañarte, ¿verdad? —contestó Hyacinth, mirándola con expresión ladina. Colin, su hermano, se había casado con Penelope el año anterior.

Penelope apretó firmemente los labios.

—Me encanta tener la razón —dijo Hyacinth, en tono triunfal—. Y eso es estupendo, porque generalmente la tengo.

Penelope la miró seria un momento.

—Sabes que eres insufrible, ¿verdad?

—Claro que sí —contestó Hyacinth, mirándola con una sonrisa pícara—. Pero me quieres de todos modos, reconócelo.

—No reconoceré nada hasta que acabe la velada.

—¿Hasta que las dos estemos sordas?

—Hasta que vea que te comportas.

Hyacinth se rió.

—Entraste en la familia por matrimonio. Tienes que quererme. Eso es una obligación por contrato.

—Es curioso, no recuerdo que eso haya estado en las promesas de matrimonio.

—Sí que es curioso, yo la recuerdo perfectamente.

Penelope la miró riendo.

—No sé cómo lo haces, Hyacinth, pero por irritante que seas, siempre te las arreglas para ser encantadora.

—Ese es mi más fabuloso don —dijo Hyacinth, recatada y modestamente.

—Bueno, puedes anotarte unos cuantos puntos extras por acompañarme esta noche —dijo Penelope, dándole una palmadita en la mano.

—Por supuesto. Con todos mis comportamientos insufribles, de verdad soy la esencia de la bondad y la amabilidad.

Y tenía que serlo, pensó, observando la escena que se estaba desarrollando en la pequeña tarima a modo de escenario improvisado. Otro año, otra velada musical Smythe-Smith. Otra oportunidad para enterarse de cuántas maneras se puede estropear una excelente pieza de música. Cada año juraba que no volvería a asistir a una nunca más, y cada año se volvía a encontrar ahí, sonriéndoles alentadora a las cuatro chicas que iban a actuar.

—Al menos el año pasado conseguí sentarme en la fila de atrás —dijo.

—Sí, me fijé —dijo Penelope, girándose a mirarla con expresión desconfiada—. ¿Cómo lo lograste? Felicity, Eloise y yo estuvimos aquí delante.

Hyacinth se encogió de hombros.

—Una visita muy oportuna al tocador de señoras.

—No te atrevas a hacer eso esta noche. Si me dejas sola aquí...

—No te preocupes —suspiró Hyacinth—. Continuaré aquí hasta el final. Pero... —la apuntó con el dedo, de esa manera que su madre consideraba muy impropia de una señorita—, mi atención hacia ti debe ser debidamente notada.

—¿Por qué tengo la impresión de que siempre llevas la cuenta de las cosas y cuando menos lo espero te pones de un salto delante de mí para exigirme un favor?

—¿Y para qué voy a saltar? —preguntó Hyacinth, pestañeando sorprendida.

—Ah, mira —dijo Penelope, después de mirarla como si fuera una lunática—, aquí viene lady Danbury.

—Señora Bridgerton —dijo, o mejor dicho, ladró, la anciana condesa—. Señorita Bridgerton.

—Buenas noches, lady Danbury —saludó Penelope—. Le hemos reservado un asiento en la primera fila.

Lady Danbury entrecerró los ojos y pinchó ligeramente a Penelope en el tobillo con su bastón.

—Siempre pensando en los demás, ¿eh?

—Por supuesto. Ni soñaría con...

—Ja —exclamó lady Danbury.

Esa era la sílaba favorita de la anciana, pensó Hyacinth. Eso y «jumjum».

—Cámbiate de asiento, Hyacinth —ordenó lady Danbury—. Me sentaré entre vosotras.

Obedientemente, Hyacinth se cambió al asiento de la izquierda.

—Justamente estábamos hablando de nuestros motivos para asistir a esta velada —dijo, mientras lady Danbury se sentaba—. Yo, por mi parte, no he encontrado ninguno.

—No puedo hablar por ti, pero ella —lady Danbury hizo un gesto con la cabeza hacia Penelope—, está aquí por el mismo motivo que estoy yo.

—¿Por la música? —preguntó Hyacinth, tal vez exagerando un poco la amabilidad.

Lady Danbury se giró a mirarla con la cara arrugada por una expresión que bien podría ser una sonrisa.

—Siempre me has caído bien, Hyacinth Bridgerton.

—A mí siempre me ha caído bien usted también.

—Supongo que eso se debe a que vas a leerme de vez en cuando —replicó lady Danbury.

—Voy cada semana.

—De vez en cuando, cada semana, pff —dijo lady Danbury bariendo el aire con una mano en gesto despectivo—. Da igual, si no vas cada día.

Hyacinth consideró mejor no decir nada. Seguro que lady Danbury encontraría una manera de enredar lo que fuera que dijera para convertirlo en una promesa de ir a visitarla todas las tardes.

—Y podría añadir que la semana pasada fuiste muy cruel al dejar a nuestra pobre Priscilla colgando de un acantilado —dijo lady Danbury sorbiendo por la nariz.

—¿Qué estáis leyendo? —preguntó Penelope.

—*La señorita Butterworth y el barón loco* —repuso Hyacinth—. Y no estaba colgando, todavía.

—¿Has leído por adelantado? —preguntó lady Danbury.

—Noo —contestó Hyacinth, poniendo los ojos en blanco—. Pero no es difícil adivinarlo. La señorita Butterworth ya ha estado colgada de una casa y de un árbol.

—¿Y sigue viva? —preguntó Penelope.

—He dicho colgada, no ahorcada —masculló Hyacinth—. Una gran lástima.

—De todas maneras —dijo lady Danbury—, fue una crueldad tuya dejarme colgada a mí.

—Ahí terminó el capítulo el autor —se defendió Hyacinth, imperturbable—. Además, ¿no es una virtud la paciencia?

—De ninguna manera —contestó lady Danbury, implacable—, y si crees eso, eres menos mujer de lo que yo creía.

Nadie entendía por qué Hyacinth iba todos los martes a casa de lady Danbury a leerle, pero ella disfrutaba muchísimo de las tardes pasadas con la condesa. Lady Danbury era arisca y franca hasta la exageración, y ella la adoraba.

—Las dos juntas sois un peligro —comentó Penelope.

—Mi objetivo en la vida es ser un peligro para el mayor número posible de personas —declaró lady Danbury—, por lo tanto consideraré eso el mejor de los cumplidos, señora Bridgerton.

—¿Por qué me llama señora Bridgerton cuando quiere dar una opinión a la manera grandiosa?

—Suena mejor así —explicó lady Danbury, recalcando la afirmación con un fuerte golpe en el suelo con su bastón.

Hyacinth sonrió de oreja a oreja. Cuando fuera vieja deseaba ser exactamente igual a lady Danbury. A decir verdad, la anciana condesa le caía mejor que la mayoría de las personas de su propia edad que co-

noía. Como llevaba tres temporadas en el mercado del matrimonio, ya se estaba aburriendo de ver a las mismas personas día tras día. Lo que antes encontraba tan estimulante, los bailes, las fiestas, los pretendientes..., bueno, sí, seguía encontrando placentero todo eso, tenía que reconocer. Aun cuando no era una de esas jóvenes que se quejan de la riqueza y los privilegios que estaba obligada a soportar, las cosas habían cambiado para ella. Ya no retenía el aliento cada vez que entraba en un salón de baile. Ahora un baile era simplemente un baile, ya no era el mágico torbellino de movimiento que fuera en los años pasados.

Había desaparecido el entusiasmo, la excitación.

Por desgracia, cada vez que le comentaba eso a su madre, la respuesta era que sencillamente se buscara un marido. Eso lo cambiaría todo, decía Violet Bridgerton, tomándose muchísimo trabajo para hacérselo entender.

De verdad.

Ya hacía tiempo que su madre había renunciado hasta a la apariencia de sutileza cuando se trataba de la soltería de su cuarta y última hija. Ya lo había convertido en una especie de cruzada personal, pensó tristemente.

Nada de Juana de Arco, no. Su madre era Violet de Mayfair, y ni la peste, ni la pestilencia ni amantes pérfidos la detendrían en su empresa de ver a sus ocho hijos dichosamente casados. Sólo quedaban solteros Gregory y ella, pero Gregory sólo tenía veinticuatro años, edad que se consideraba (con bastante injusticia, en su opinión) totalmente aceptable para que un caballero continuara soltero.

¿Pero ella a los veintidós? Bueno... Lo único que impedía que su madre sufriera un colapso nervioso era que Eloise, su hermana mayor, esperó a tener la ancianísima edad de veintiocho años para por fin convertirse en esposa. Comparada con Eloise, ella todavía era una cría en pañales.

Nadie podía decir que ella estuviera condenada sin esperanzas a vestir santos, pero incluso ella tenía que reconocer que se estaba acercando peligrosamente a esa situación. Desde su presentación en sociedad, hacía tres años, había recibido unas cuantas proposiciones

de matrimonio, pero no tantas como se podría haber esperado dada su apariencia; no era la chica más guapa de la ciudad, no, pero era mejor que por lo menos la mitad, y su fortuna, bueno, tampoco era la dote más elevada que se presentara en el mercado, pero sí era suficiente para hacer mirar dos veces a un cazadotes.

Y en cuanto a sus conexiones sociales, eran, lógicamente, impecables. Su hermano mayor era, como fuera su padre, el vizconde Bridgerton, y si bien ese título no estaba entre los más elevados del país, la familia era inmensamente popular e influyente. Y por si eso fuera poco, su hermana Daphne era la duquesa de Hasting y su hermana Francesca, la condesa de Kilmartin.

Si un hombre deseaba conectar con las familias más poderosas de Gran Bretaña, no lo haría nada mal casándose con Hyacinth Bridgerton.

Pero si se tomaba un momento para reflexionar acerca de la distribución en el tiempo de las proposiciones que había recibido, lo que no le gustaba reconocer que hubiera hecho, el asunto comenzaba a verse bastante mal.

Tres proposiciones en su primera temporada.

Dos en la segunda.

Una el año anterior

Y ninguna hasta el momento ese año.

Sólo se podía deducir que estaba perdiendo popularidad. A no ser, claro, que alguien cometiera la estupidez de decir eso, en cuyo caso ella tendría que decir lo contrario, fueran cuales fueren los hechos y la lógica.

Y lo más probable era que ganaría en la discusión. Era excepcional el hombre o la mujer capaz de ganar en ingenio, dejar callada o debatir más que Hyacinth Bridgerton.

En algún raro momento de reflexión acerca de sí misma, había pensado que eso podría tener que ver con la disminución de proposiciones a esa alarmante velocidad.

Pero eso no tenía importancia, pensó, mientras observaba a las chicas Smythe-Smith instalarse en la pequeña tarima construida en

ese lado de la sala. No era que ella debiera haber aceptado alguna de esas proposiciones. Tres fueron de hombres cazadotes, dos eran idiotas rematados y uno era un aburrido terminal.

Mejor continuar soltera que encadenarse a un hombre que la haría llorar de aburrimiento. Incluso su madre, casamentera inveterada que era, no podría discutirle ese razonamiento.

Y en cuanto a la actual temporada sin ninguna proposición, bueno, si los caballeros británicos no eran capaces de apreciar el valor innato de una mujer inteligente que sabe lo que quiere, eso era problema de ellos, no de ella.

Lady Danbury dio un golpe en el suelo con su bastón y el pie derecho de Hyacinth escapó por un pelo.

—¿Alguna de las dos ha visto a mi nieto?

—¿Cuál nieto? —preguntó Hyacinth.

—Cual nieto —repitió lady Danbury, impaciente—. ¿Cuál nieto? El único que me cae bien, ese.

Hyacinth ni siquiera se molestó en disimular su sorpresa.

—¿El señor Saint Clair va a venir esta noche?

—Lo sé, lo sé —rió lady Danbury—. Ni yo me lo creo. Vivo esperando que pase un rayo de luz celestial por el techo.

Penelope arrugó la nariz.

—Creo que eso es blasfemia, pero no estoy segura.

—No lo es —dijo Hyacinth, sin siquiera mirarla—. ¿Y por qué va a venir?

Lady Danbury esbozó una sonrisa perezosa, parecida a la de una serpiente.

—¿Y por qué estás tan interesada?

—Siempre me interesa el cotilleo —repuso Hyacinth muy sinceramente—. Acerca de todo el mundo. Eso usted ya debería saberlo.

—Muy bien —dijo lady Danbury, algo malhumorada por la frustración—. Va a venir porque lo chantajeé.

Hyacinth y Penelope la miraron con las cejas arqueadas de manera idéntica.

—Muy bien —concedió lady Danbury—, si no con chantaje, con una buena dosis de culpa.

—Ah, claro —musitó Penelope, al mismo tiempo que Hyacinth decía:

—Eso tiene mucho más sentido.

—Puede que le haya dicho que no me sentía bien —suspiró lady Danbury.

—¿Puede que? —preguntó Hyacinth, dudosa.

—Se lo dije —reconoció lady Danbury.

—Debe de haberlo hecho extraordinariamente bien para lograr que él viniera esta noche —comentó Hyacinth, admirada.

Había que valorar el sentido del drama de lady Danbury, pensó, sobre todo cuando con eso lograba manipular tan impresionantemente a las personas que la rodeaban. Ese era un talento que ella también cultivaba.

—Creo que nunca le he visto en una velada musical —comentó Penelope.

—Junjum —gruñó lady Danbury—. Sin duda no hay suficientes mujeres fáciles para él.

En cualquier otra persona eso habría sido una afirmación chocante. Pero se trataba de lady Danbury, y Hyacinth (al igual que el resto de los aristócratas) ya estaba acostumbrada a sus sorprendentes formas de hablar.

Además, había que tomar en cuenta al hombre al que se refería.

El nieto de lady Danbury era nada menos que el notorio Gareth Saint Clair. Aunque tal vez no era del todo culpa de él que se hubiera ganado esa mala reputación, pensaba Hyacinth. Había muchísimos otros hombres cuya conducta era igualmente indecorosa, y había unos cuantos que eran hermosos como el pecado, pero Gareth Saint Clair era el único que se las arreglaba para combinar ambas cosas con ese éxito.

Pero su reputación era abominable.

Él ya estaba en edad de casarse, sin duda, pero jamás nunca en su vida, ni una sola vez, había visitado a una jovencita decente en su

casa. Ella estaba absolutamente segura de eso; si alguna vez se hubiera rumoreado que estaba cortejando a una jovencita, el rumor habría corrido como reguero de pólvora por todos los salones elegantes. Además, ella se habría enterado por lady Danbury, a la que le gustaba el cotilleo tanto como a ella.

Y luego estaba, lógicamente, el asunto de su padre, lord Saint Clair. Era archiconocido el distanciamiento entre padre e hijo, aunque nadie sabía el motivo. En su opinión, hablaba muy en favor de Gareth que nunca aireara en público sus problemas familiares; además, ella había visto a su padre y lo consideraba un hombre grosero, lo cual la hacía creer que fuera cual fuera el asunto que los distanciaba, la culpa no era del joven Saint Clair.

De todos modos, ese asunto envolvía en un aire de misterio al ya carismático joven, y en cierto modo, según ella, lo convertía en un desafío para las damas de la alta sociedad. Nadie sabía bien cómo considerarlo. Por un lado, las señoras alejaban de él a sus hijas; sin duda una relación con Gareth Saint Clair no favorecía la reputación de las chicas. Por otro lado, su hermano mayor había muerto trágicamente hacía menos de un año, por lo que ahora él era el heredero de la baronía, lo cual lo convertía en una figura más romántica aún, y en un buen partido. Sólo el mes anterior ella vio desmayarse a una chica, o al menos simular un desmayo, cuando él se dignó asistir al baile de los Bevelstoke.

El espectáculo fue algo horroroso, vergonzoso.

Claro que ella intentó decirle a la tonta muchacha que él sólo estaba en el baile porque su abuela lo obligó a asistir, y también debido a que su padre estaba fuera de la ciudad. Al fin y al cabo todo el mundo sabía que él sólo se relacionaba con cantantes de ópera y actrices, y no con ninguna de las damas a las que podría conocer en el baile de los Bevelstoke. Pero por mucho que hablara, no consiguió sacar a la chica de su exagerada emotividad y finalmente esta se dejó caer en un sofá, como si se hubiera desmayado, y con un movimiento sospechosamente elegante.

Ella fue la primera en encontrar un frasco con vinagre para la

chica y se lo puso bajo la nariz. Francamente, algunos comportamientos no se pueden tolerar.

Pero cuando estaba ahí tratando de reanimar a la tonta muchacha con esos fuertes vapores, alcanzó a ver que él la estaba observando a ella, con esa expresión vagamente burlona tan propia de él, y no pudo quitarse de encima la sensación de que la encontraba divertida.

Divertida, más o menos igual como ella encontraba divertidos a los niños pequeños y a los perros grandes.

Para qué decir que no se sintió particularmente halagada por esa atención de él, aun cuando esta fuera fugaz.

—Jumjum.

Se giró a mirar a lady Danbury, que seguía buscando con la vista a su nieto.

—Creo que todavía no ha llegado —le dijo, y añadió en voz baja—: Nadie se ha desmayado.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—Dije que creo que aún no ha llegado.

Lady Danbury la miró con los ojos entrecerrados.

—Esa parte la oí.

—Eso fue todo lo que dije —mintió Hyacinth.

—Mentirosa.

Hyacinth miró hacia Penelope por delante de la anciana.

—Me trata horrorosamente, ¿lo sabías?

—Alguien tiene que tratarte mal —repuso Penelope encogiéndose de hombros.

En la cara de lady Danbury apareció una ancha sonrisa. Entonces se volvió hacia Penelope y le dijo:

—Pues, ahora debo preguntar... —miró hacia la tarima, alargando el cuello y entrecerrando los ojos para mirar al cuarteto—. ¿Tenemos la misma cellista este año?

Penelope asintió lúgubrementemente.

—¿De qué estáis hablando? —les preguntó Hyacinth, inclinándose hacia ellas.

—Si no lo sabes —contestó lady Danbury, altivamente—, quiere decir que no has puesto atención, así que fastídiate.

Hyacinth la miró boquiabierta.

—Bueno —dijo, puesto que la alternativa era no decir nada, y no le gustaba hacer eso.

Nada la irritaba tanto como que no la incluyeran en un chiste. A excepción, tal vez, de que la regañaran por algo que ni siquiera entendía. Se volvió hacia el escenario y miró con más atención a la celiista. Al no ver nada fuera de lo común, volvió a girarse hacia sus acompañantes y abrió la boca para hablar, pero ellas ya estaban sumidas en una conversación que la excluía a ella.

Detestaba que le ocurriera eso.

—Jumjum —exclamó, acomodándose en el asiento, y repitió—: Jumjum.

—Hace ese sonido exactamente igual que mi abuela —dijo una voz encima de su hombro.

Hyacinth levantó la vista. Ahí estaba él, Gareth Saint Clair, justo en su momento de mayor desconcierto. Y, faltaría más, el único asiento desocupado era el del lado del de ella.

—Sí, ¿verdad? —dijo lady Danbury, mirando a su nieto y golpeando el suelo con su bastón—. Te está reemplazando rápidamente como mi orgullo y alegría.

—Dígame, señorita Bridgerton —dijo el señor Saint Clair, levantando una comisura de sus labios en una burlona sonrisa sesgada—, ¿mi abuela la está rehaciendo a su imagen y semejanza?

Hyacinth no logró encontrar una réplica rápida, lo cual le resultaba tremendamente irritante.

—Vuelve a cambiar de asiento, Hyacinth —ordenó lady Danbury—. Necesito estar sentada al lado de Gareth.

Hyacinth se giró hacia ella para decir algo, pero la anciana se lo impidió:

—Alguien tiene que encargarse de que se comporte.

Exhalando un suspiro audible, Hyacinth se levantó y se sentó en el otro asiento.

—Ya está, hijo mío —dijo lady Danbury, dando una palmadita en el asiento recién desocupado—. Siéntate a disfrutar.

Él se sentó y estuvo un largo rato contemplándola, hasta que al final dijo:

—Estás en deuda conmigo por esto, abuela.

—¡Ja! Sin mí no existirías.

—Difícil refutar ese punto —masculló Hyacinth.

El señor Saint Clair se giró a mirarla, tal vez solamente porque eso le permitía darle la espalda a su abuela. Hyacinth lo obsequió con una sosa sonrisa, muy complacida consigo misma por no mostrar ninguna reacción.

Él siempre la hacía pensar en un león, feroz y predador, lleno de inquieta energía. Además, tenía el pelo leonado, de ese curioso color intermedio entre castaño oscuro y rubio oscuro, y lo llevaba con mucho garbo y osadía, desafiando las convenciones sociales. Lo tenía lo suficientemente largo como para poder atárselo en una corta coleta sobre la nuca. Era alto, aunque no con exageración, de figura atlética, elegante y fuerte, y su cara era lo bastante imperfecta para ser guapo, que no bonito.

Y tenía los ojos azules. Azules de verdad. Inquietantemente azules.

¿Inquietantemente azules? Movió ligeramente la cabeza. Esa era sin duda la idea más estúpida que le había pasado por la cabeza en toda su vida. Ella también tenía los ojos azules y no había nada inquietante en eso.

—¿Y qué la trae por aquí, señorita Bridgerton? —preguntó él—. No sabía que fuera tan amante de la música.

—Si amara la música ya habría huido a Francia —dijo lady Danbury detrás de él.

—Sí que detesta que la excluyan de una conversación, ¿no? —musculló él, sin volverse a mirar a su abuela—. ¡Aay!

—¿El bastón? —preguntó Hyacinth, dulcemente.

—Es una amenaza para la sociedad —masculló él.

Hyacinth observó con mucho interés cuando él echó la mano

hacia atrás y sin siquiera girar la cabeza cogió el bastón y lo arrancó de la mano de su abuela.

—Tome —dijo, pasándoselo a ella—, usted cuidará de esto, ¿quiere? Ella no lo necesitará mientras esté sentada.

Hyacinth se quedó boquiabierta. Ni siquiera ella se había atrevido jamás a meterse con el bastón de lady Danbury.

—Veo que por fin la he impresionado —dijo él, acomodándose en el asiento con la expresión de un hombre muy complacido consigo mismo.

—Sí —dijo Hyacinth antes de darse cuenta—. Es decir, no. Quiero decir, no sea tonto. De ninguna manera me ha impresionado.

—Qué gratificante —musitó él.

—Lo que quiero decir —añadió ella, haciendo rechinar los dientes—, es que en realidad no he considerado eso ni en uno ni otro sentido.

—Herido —dijo él, dándose un golpecito en el pecho—, hasta el fondo de mi corazón.

Hyacinth apretó los dientes. Lo único peor a que se burlaran de ella era no saber si se estaban burlando de ella. Todos los aristócratas de Londres eran como un libro abierto para ella. Pero con Gareth Saint Clair sencillamente nunca sabía qué pensar. Miró hacia Penelope para ver si estaba escuchando, aun cuando no sabía por qué eso podía importarle tanto, pero Pen estaba ocupada tratando de apaciguar a lady Danbury, que todavía estaba furiosa por la pérdida de su bastón.

Se movió inquieta, pues se sentía tremendamente encerrada. A su izquierda estaba sentado lord Somershall, que no era precisamente el hombre más delgado allí, y le ocupaba parte del asiento. Eso la obligaba a moverse un poco hacia la derecha, lo que la dejaba más cerca de Gareth Saint Clair, el que francamente irradiaba calor.

Buen Dios, ¿es que el hombre se había aplicado botellas con agua caliente antes de salir de su casa?

Cogió su programa y con la mayor discreción que pudo comenzó a abanicarse con él.

—¿Le pasa algo, señorita Bridgerton? —le preguntó él, ladeando la cabeza y observándola con expresión de curiosa diversión.

—No, nada. Simplemente hace un poco de calor aquí, ¿no le parece?

Él la miró un segundo más de lo que a ella le habría gustado, y luego se volvió hacia lady Danbury.

—¿Tienes mucho calor, abuela? —le preguntó, solícito.

—No, en absoluto.

Entonces él se volvió hacia Hyacinth, encogiéndose levemente un hombro.

—Debe de ser usted la acalorada —musitó.

—Debo —masculló ella entre dientes, mirando resueltamente hacia delante.

Tal vez todavía tenía tiempo para escapar al cuarto tocador para señoras. Penelope la querría ahogada y descuartizada, ¿pero de veras podía tomarlo como abandono cuando había dos personas sentadas entre ellas? Además, podía utilizar a lord Somershall como disculpa. E incluso en ese momento él se movió en su asiento, chocando con ella de una manera que no le pareció accidental.

Se movió ligeramente hacia la derecha, no más de un dedo, en realidad. Lo último que deseaba era quedar tocándose con Gareth Saint Clair. Bueno, lo penúltimo, en realidad. El corpulento cuerpo de lord Somershall era decididamente peor.

—¿Pasa algo, señorita Bridgerton? —le preguntó el señor Saint Clair.

Ella negó con la cabeza, apoyando las palmas a ambos lados del asiento, preparándose para levantarse. No podía...

Clap.

Clap, clap, clap.

A Hyacinth casi se le escapó un gemido. Era una de las damas Smythe-Smith señalando con palmadas que el concierto estaba a

punto de comenzar. Había perdido la oportunidad. Ya no podía salir de ahí de manera educada.

Pero por lo menos tuvo el consuelo de saber que no era la única alma desgraciada. En el instante en que las señoritas Smythe-Smith levantaron sus arcos hacia sus instrumentos, oyó al señor Saint Clair emitir un muy suave gemido y susurrar muy sinceramente:

—Que Dios nos asista a todos.